



LLUVIA  
DE  
RAGEDIAS



RELATOS CORTOS

KATERINE RAY

# Lluvia de tragedias

## Relatos cortos

Katerine Ray

Copyright © 2016 Katerine Ray

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Ésta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia

ISBN:

*Para Lupita, Rooss y Kris...  
Estos escritos siempre fueron dedicados a ellas.*

*Estos escritos originalmente nacieron como fanfiction. Pero creo que me he dado cuenta que no debes ser siempre fanfiction. Los escribí como Rossue y hoy les doy vida como Ray.*

*¡Gracias!*

*Las tristezas y tragedias son hermosas si les damos vida.*

## Índice

El techo de Dios  
Caricias de un adiós  
La confesión que él ignoró  
Él siempre lo supo  
Tristemente tierno  
Suicidio Online  
Aquellas noches tristes  
Aquella pequeña noche

*Ellos y ellas*

*El amor no debe ser separado. Solamente debemos sentir. Así sea triste o demasiado dulce, no importa. Amor es amor.*

*Sentir es sentir.*

*Nuestro corazón hace lo que nosotros deseamos.*

*El amor puede ser triste.*

*No importa.*

*Amor es amor.*

## El techo de Dios

Una cosa siempre he sabido es que la lluvia en Ciudad de la Inocencia, es constante.

En las mañanas siempre hay un poco de brisa y las pequeñas gotas de lluvia golpean el rostro de todos los habitantes de esta ciudad haciéndoles recordar los momentos más duros y dolorosos. No hay días de sol.

Mi uniforme es impecable ante el espejo. Sin ninguna mancha. Sin nada.

—¡Noreen, el desayuno está listo! —grita mi madre.

Trago duro tratando de mantener la compostura.

—¡Voy! —respondo.

Me miro de nuevo en el espejo. La imagen frente a mí ya no está más triste y demacrada. Aunque todo me duela trato de ser fuerte ante la adversidad y el sufrimiento. Me imagino a Ewan detrás de mí sonriendo y diciéndome que hoy será un nuevo día y que debo sobrevivir a como de lugar. Sin rendirme y quejarme.

El desayuno no se alarga mucho. Mi madre se apresura diciéndome que el tren saldrá dentro de veinte minutos, mi almuerzo está listo y huele perfecto. Mi madre sabe lo que me gusta.

—Espero te vaya bien —me dice, besa mi frente, justo donde está mi tatuaje y me deja ir.

—Me irá bien —respondo. Sé que no es así.

—Royal dice que los maestros no tienen queja de ti.

Sólo escuchar el nombre de mi padrastro hace que mis piernas tiemblen y quiera ir a otro lugar menos la escuela.

No digo nada más. Me despido y corro a la estación de tren tan rápido como puedo. La lluvia no cesa y a pesar

de que voy abrigo y llevo mi sombrilla, una parte de mi nítido uniforme se moja y se arruga.

En el tren no hay ningún conocido. En realidad soy tan solitaria como un papa. Realmente no sé si las papas son solitarias.

Sin Ewan en mi vida, todo se volvió monótono y aburrido. Ya no hay más diversión. Me pregunto dónde estará. Un chico de cabellos oscuros, como los de Ewan, ofrece su asiento en el tren y yo lo tomo. Me arriesgo a quedarme recordando y la probabilidad de que me duerma y sueñe con Ewan me abrume. Pensar en él es un lujo.

...

La primera vez que lo miré fue justo después de uno de los momentos más dolorosos de mi vida.

¿Has sentido asco de ti mismo?

Yo lo he hecho. Siempre.

Desde que mi madre contrajo matrimonio con Royal las cosas se volvieron complicadas. Siempre diciéndome que debía ser agradecida por ser adoptada. Argumento que una mujer como Clara Days, la gobernadora de la ciudad, solamente me tenía lástima y no cariño.

En el techo del segundo edificio de la escuela fue donde lo conocí.

En el techo de Dios.

Me sentía terriblemente sucia. Podía sentir las manos de Royal por todo mi cuerpo. Su cuerpo junto al mío y su sucia fricción. No podía hablar. No lo haría, no cuando la felicidad de mi madre estaba en juego.

El techo de Dios es un lugar donde todos aquellos que quieren morir dejan su alma allí y se lanzan cumpliendo su mayor deseo.

Era un día de lluvia como hoy.

Abrí la puerta que llevaba al techo y allí estaba él.

Pero hice caso omiso a su presencia. Miré las probabilidades de vivir. En mi mente surgió la idea de que nadie me extrañaría. Estaba tan cerca de cumplir uno de mis deseos.

—Estoy tan aburrido de estas cosas —dijo.

Tragué duro pensando en que él no estaba allí.

De nuevo miré la altura desde la que me iba a lanzar. Era muy buena. En mi mente viajaron el número de personas que se habían suicidado lanzándose desde aquella altura. Me conté a mí misma. El dolor volvió. Los recuerdos de todo mi sufrimiento y cómo había llegado a ese punto me bombardearon haciéndome llorar.

Lo escuché reír.

Me rendí.

Caí sobre mis rodillas abrazando mi cuerpo mientras la lluvia caía sobre mí.

Estaba corriendo una carrera imposible de ganar. Muy en el fondo de mi corazón sabía que las probabilidades de suicidarme no existían. Yo no tenía valor.

—¿Tan rápido te rindes? —preguntó. Lo ignoré de nuevo—. Debo admitir que me has sorprendido, Noreen.

La boca se me secó.

Me abracé más fuerte.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunté.

Tenía miedo. Nunca le había visto en la escuela. Jamás.

—Los ángeles caídos estamos entrenados para saber los nombres de las personas que irán al infierno si se suicidan —argumentó. Un hilo frío viajó por mi espina dorsal—. Pero me he aprendido tu nombre en vano. No lo harás.

¿Un ángel caído?

Ahora que lo pienso el aspecto de Ewan siempre fue el de un estudiante de mi edad, pero su piel nívea y sus ojos oscuros lo hacían demasiado hermoso. Tan hermoso era su aspecto que duele recordarlo. La garganta se me atora en dolor con sólo pensar en él.

—Yo...

No sabía qué decir. Por alguna extraña razón no tenía miedo. Pero no dejé de abrazarme a mí misma.

—¿Por qué crees que este techo se llama “El techo de Dios”? —Hablabá conmigo como si yo fuera la mayor de las tontas.

No sabía la respuesta. Mi mente quedó en blanco.

—Yo no lo sé.

Fue lo único que respondí.

—Noreen Days, diecisiete años. Intento de suicidio —comenzó hablar como si yo no estuviera allí—. Se ha rendido, ha descubierto que tiene un futuro enorme y muy bueno. Será muy feliz.

Pensé que era una clase de adivinador. Me daría respuestas. Pero no fue así. Eso no sucedió.

El timbre para entrar a clases sonó. No me inmuté. Me quedé esperando más.

—¿Quién eres? —pregunté, era tan estúpida.

—Soy Ewan —respondió.

Ésa no era la respuesta que esperaba.

Quería que me dijera por qué era un ángel caído. Pero me di cuenta que no había hecho la pregunta correcta. Mi corazón latió con fuerza haciéndome recordar los motivos por los cuales había ido a ese lugar. Me di cuenta que las lágrimas había dejado de fluir.

No sentía ninguna clase de dolor.

—¿Qué... —No pude terminar la pregunta.

—Cuando estás cerca de un ángel caído no puedes sentir nada. Si tu verdadero motivo hubiera sido suicidarte,

lo hubieras hecho. Una persona que desea morir realmente jamás hubiera notado mi presencia, en ti hay muchas esperanzas. Las puedo sentir. —Sonaba serio.

Noté que en ningún momento me había mirado. Ewan miraba al cielo como si esperara una respuesta.

La palabra *esperanza* hizo meollo en mí. Yo no tenía ninguna esperanza. Siempre que quería recordar algún momento feliz, las manos de Royal sobre mi cuerpo me arrebataban toda sonrisa.

Reí amargamente.

—¿Esperanza? —Estaba molesta.

—Dios siempre dice que hay esperanza, aún en nuestro último suspiro —explicó—. Tú quieres que te salven de tu sufrimiento.

—Nadie puede salvarme. —Me sentía vacía, mas el deseo de suicidarme se había ido.

Me levanté. Lo miré bien. Su aspecto.

Su mirada hizo contacto con la mía.

La brisa de aquella tormenta me golpeó el rostro. Sentí una fuerte conexión. Algo tan celestial. Ewan era un ángel.

—Tú me has salvado —dijo.

Cerré los ojos antes de poder notar que estaba más cerca de mí.

Yo no lo había salvado.

—¿De qué hablas?

Noté sus guantes negros.

Sus labios se curvaron en una dulce sonrisa triste.

—Al no suicidarte he ascendido en este mundo. —Sonaba triste. Él estaba triste—. Dios me ha dado el poder de ser un ángel guardián. Tu ángel guardián en este techo.

Me sentí como una niña siendo protegida.

Entendí lo que había hecho. Sus palabras y su presencia habían provocado una tragedia más. No solamente

me había salvado a mí. Había salvado a mi abnegada madre.

—Gracias —dije.

Traté de acercarme y abrazarle. Sentí que el tiempo no pasaba. Como si la lluvia se hubiera pausado. Como si todo a nuestro alrededor se hubiera detenido.

—No me toques —me dijo.

Se alejó de mí de un salto.

Me asustó.

—Pero...

—Si me tocas desapareceré y no te podré proteger —murmuró.

El corazón me pesó como nunca lo había hecho.

—¿Por qué? —pregunté al borde de terminar de quebrarme.

—Cuando caí fue por desear tocar a una mujer —respondió.

Era duro. Totalmente duro. Parecía no tener otro sentimiento más que tristeza.

—¿Te arrepientes? —cuestioné.

—No —contestó seco—. No cuando te he conocido.

—¿Eh?

—Salvarte ha sido lo más maravilloso que me ha sucedido, Noreen.

—No me has salvado aún —le dije molesta.

—Entonces lo haré.

—No luches en vano. —Me giré sobre mi propio eje.

—Te salvaré así deba desaparecer en el intento —prometí.

Me fui de aquel techo ignorando sus palabras. Como si ignorar a un ángel era lo más común.

...

La lluvia ha cesado.

El chico de cabellos oscuros se baja junto conmigo.

—¿Eres de la escuela Sakurai? —me pregunta.

—Sí —respondo.

—¿Puedes dirigirme?

—Sí.

El camino a la escuela es largo y la lluvia regresa justo cuando comienzo a caminar por la calle recta.

—¡Mierda! —masculla él.

—¿Sucede algo? —No es como que me importe.

—He dejado mi sombrilla en el tren.

Lo pienso antes de proponer.

—Podemos compartir la mía.

Lo miro a los ojos y me doy cuenta de que me he sonrojado al igual que él. Tiene los ojos oscuros y la piel nívea.

—¿Segura?

—Sí.

Su respuesta me hace sentir tranquila.

...

Los días pasaban conforme al tiempo.

Pero no había regresado al techo de Dios. Siempre miraba a ese lugar con la esperanza de que él no estuviera allí, que todo fuera una ilusión de mi propio estrés. Pero no era así. Ewan estaba allí sonriendo y esperando que subiera, mas yo no lo hacía.

Esa mañana de marzo lo miré. Estaba triste.

No me saludó. Simplemente me sonrió de manera triste y apagada.

Supe que era mi culpa.

Hice caso omiso a mi sentimiento.